

# PROBLEMAS DIPLOMÁTICOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

CÉSAR SEPÚLVEDA,  
*de la Universidad Nacional de México*

EL TRATAMIENTO de los problemas diplomáticos de la Revolución, tan numerosos y tan hondos, no es empresa fácil. Son y serán incompletas algunas fuentes, y otras aún no pueden consultarse. Es difícil desvanecer la atmósfera de infalibilidad con que algunos de los protagonistas se han rodeado, o con que los han envuelto sus allegados inmediatos. Así, en la mente colectiva se han formado numerosos mitos y consejas de difícil exclusión. El clima emocional en torno al fenómeno revolucionario mexicano no deja mucho campo para el libre examen, y sólo con inseguridad se puede pisar en terreno tan movedizo. A la vez, parece ya ser tiempo de intentar un análisis serio de las cuestiones históricodiplomáticas de México, pues sólo así podremos remediar las fallas de nuestra política exterior y preparar la conciencia pública para el importante papel que la nación puede ser llamada a desempeñar en los asuntos mundiales.

La Revolución Mexicana es un ejemplo de un cambio social en gran escala. Ha tenido como objetivos primordiales reagrupar las clases sociales, reorientar y diversificar la economía, y reformar la estructura política con la esperanza de mejorar a las masas. Pero el logro de estos cambios fundamentales tenía que afectar intereses y lastimar el confortable orden tradicional. Las revoluciones traen aparejadas por necesidad violencia, inestabilidad, improvisación, nacionalismo virulento. Todo ello afecta la política exterior de los otros países, pues las grandes potencias, desde siglos, son muy dadas a observar con ceño fruncido todo intento de redención, y cualquier brote nacionalista. De ahí que en el campo de las relaciones internacionales los gobiernos de la Revolución no encontraran sino problemas e incompreensión.

LAS CUESTIONES diplomáticas de México en la década de 1910 a 1920, en que hay una lucha armada casi constante, son las comunes a los pueblos que buscan efectuar ajustes institucionales y legales para llevar a los grandes núcleos el bienestar y el provecho de un orden social más justo y para poner en manos de sus nacionales los recursos naturales. La afectación del régimen preexistente de la propiedad suele ser la principal causa de la actividad diplomática de esos años. Todo ello agravado, sin embargo, por el antagonismo histórico y la proximidad de Estados Unidos, que imprimen a nuestra diplomacia una fisonomía tan especial. Así es que en el período revolucionario el grueso de nuestros tratos diplomáticos caen en el campo de las relaciones con ese país.

Es asombrosa la diferencia entre la apacible diplomacia del porfiriato y la agresiva e irritante diplomacia del período subsecuente. Las características de la política exterior del régimen "porfirico", como lo llama Cosío Villegas, eran las de una diplomacia rudimentaria, de gran rutina y de mucho recato. El anciano dictador, aunque nunca se propuso una mística exterior, y no pasó de un tímido deseo de participar en el concierto de naciones, logró la simpatía de los países poderosos al hacer de México un refugio seguro para los inversionistas extranjeros. Algún prestigio internacional se había logrado consolidar además con las tres décadas de su tranquila dictadura.

Por otra parte, la política exterior norteamericana, cuya reacción tenía que ser más viva, pasaba entonces por una etapa de aislamiento de los asuntos europeos, y ciertamente no se había ella propuesto fines determinados por las mismas épocas. Todo cambió súbitamente con la Revolución de México, y con la presencia simultánea de Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos, quien se impuso la tarea de hacer participar a su país en todos los asuntos mundiales y quien, sin duda, resulta el personaje más destacado de ese período.

Si FUÉRAMOS a tomar muy al pie de la letra el informe del presidente provisional De la Barra, de septiembre de 1911, las relaciones de México con los demás países no habían sufrido

alteración de ningún género con la caída del porfiriato; pero la realidad era muy otra. Las grandes potencias, al terminarse el régimen de Díaz, vieron amenazado su dominio de los recursos naturales de México, y estaban sólo a la "vigilante espera" de una oportunidad para reforzar su posición. La verdad es que existían grandes fuerzas diplomáticas subterráneas, conjuradas para detener la evolución institucional y social del país, y cuyos efectos nocivos no tardaron en manifestarse.

El gobierno de Madero no tuvo la menor proyección diplomática, como no fuera en el aspecto puramente negativo de concitar el ánimo intervencionista de Estados Unidos. Toda su actividad exterior se redujo a débiles negociaciones para el arreglo de la cuestión del Chamizal, a preparar el terreno para el arbitraje de la Isla de la Pasión, y a un ofrecimiento muy generoso para cubrir el importe de las reclamaciones de los súbditos extranjeros que hubiesen resultado dañados por la Revolución de 1910, ofrecimiento que, por otra parte, vino más tarde a causarnos grave quebranto. El régimen maderista, durante su precaria gestión, fue víctima de amenazas y de demostraciones de fuerza, y sólo fue visto con suspicacia y aprensión por las potencias. Típico de la diplomacia de entonces fue que el embajador norteamericano, Henry Lane Wilson, el sombrío inoportuno, se erigiera en vocero del cuerpo diplomático extranjero, convirtiendo a Estados Unidos en una especie de tutor oficioso de los intereses europeos en México. De esa absurda centralización de representación diplomática —que se subrayó por el carácter débil de Madero— se iban a derivar situaciones todavía más graves.

El embajador Wilson juega un papel importante en la diplomacia de entonces, muy en perjuicio del régimen de Madero. Poseía un asombroso poder discrecional, que la Casa Blanca no ha dado a nadie, bajo ninguna otra circunstancia. El gobierno de Estados Unidos, según opinión de autores norteamericanos, resulta culpable, por la gestión del embajador Wilson, de debilitar el régimen de Madero, y, por lo tanto, de preparar los catastróficos eventos que siguieron.

A juicio del profesor Cumberland,<sup>1</sup> Henry Lane Wilson merece reproches amargos. Hace ver que este torvo perso-

naje, lejos de proteger las vidas y propiedades de norteamericanos, dando asistencia y respaldo a los enemigos de Madero, ayudó a pronunciar literalmente sentencia de muerte sobre cientos de norteamericanos que murieron de manera innecesaria entre 1913 y 1920. Cumberland afirma que Henry Lane Wilson debe cargar con gran parte de la responsabilidad por la muerte y destrucción que siguieron al golpe de mano de Huerta, así como también por el violento antiyanquismo que caracterizó la política exterior mexicana en las décadas subsiguientes.

Debe tenerse a la mala diplomacia como uno de los factores principales que se reunieron para hacer caer a Madero, caída que por sí misma y por las consecuencias que de ahí derivaron, fue un positivo desastre nacional. Debemos reconocer ahora la importancia de la buena técnica diplomática, de la que carecimos entonces, y que quizás hubiera podido evitar tantos males.

HASTA EL FIN del régimen maderista la diplomacia general de las naciones era todavía tradicionalista, pagada de las formas, aún muy siglo XIX. Pero puede señalarse la Decena Trágica como la etapa que marca el viraje a una diplomacia moderna, agresiva, fría, de grandes, complicados y tortuosos fines. Este notable cambio se debió a que Estados Unidos, que hasta entonces y a pesar de su magnitud jugaba sólo un papel secundario en los asuntos mundiales, resolvió participar en el gran juego de la política mundial. A partir de entonces nuestro país tuvo que enfrentarse a un tipo de diplomacia para la cual no estaba preparado, pues carecía de equipo adecuado y vivía en medio de una lucha intestina poco propicia para la planeación y la reflexión.

Si nos propusiéramos buscar un villano en ese drama de las presiones diplomáticas que sufriera nuestro país en la segunda fase de la Revolución, de 1913 a 1920, y que tanto daño le causaron a la República, seguramente que la opinión común nos lo señalaría sin apuros: Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos, pues difícilmente otro personaje puede disputarle ese papel.

Wilson resultaba una rara combinación de profesor de teoría política —todos recordamos su farragoso libro, *El estado*—, de moralista reformador, de cruzado democrático y de nacionalista lleno de ideales. Era también intransigente, escrupuloso, incorruptible, carente de cautela y de experiencia política, poco flexible, plagado de intolerancia, y por encima de todo, mal aconsejado. Tuvo la pretensión, más de iluminado que de estadista, de conducir a México a un legitimismo constitucional repleto de moralidad, aun cuando para salvar a nuestra nación de la anarquía y del caos tuviera que recurrir a la intervención. Así, decidido a enseñar a los países lo que predicaba en la cátedra, revestido de buena fe, pero inexperto e inoportuno, se aplicó a volver democrático a México, sin tener en cuenta la voluntad de sus habitantes. El profesor de Princeton, metido a predicador de la legalidad, creía ingenuamente que México podía comportarse como una democracia moderna, cuando que su desarrollo político era apenas rudimentario.

Todo conspiraba, además, para que Wilson se aplicara a esa tarea de gladiador de la democracia sin estorbo de sus compatriotas. Subía al poder en 1913, como consecuencia de un debilitamiento del partido republicano, por virtud de la ruptura entre Roosevelt y Taft. No tenía, por causa de las circunstancias, un compromiso muy hondo con su propio partido, el Demócrata. Calculó con oportunidad que podría ostentarse como el representante de *todo* el pueblo norteamericano, ya que su programa contra los intereses de Wall Street le granjeaba gran popularidad. En una situación tan propicia, Wilson podía actuar sin mayor obstáculo en su tarea predilecta: el imperialismo moral sobre el pueblo mexicano, tan inaceptable como el imperialismo económico.

Este hombre, impaciente e intolerante, domina por entero el panorama diplomático de la Revolución. Es el elemento más constante, a la vez que el más crítico, de la política exterior de este movimiento social. Hizo de México, además, y sin razón, el principal problema internacional de Estados Unidos de 1913 a 1916. Causó grave daño a nuestros regímenes revolucionarios, con sus experimentos, con sus omisio-

nes, con su falta de información y de consejo, con sus indecisiones y contradicciones. A pesar de todo ello, todavía le resultamos deudores, pues aunque impidió el correcto y normal desarrollo de las instituciones revolucionarias y fue instrumental de la doble intervención en suelo mexicano, pudo, con su esfuerzo personal y con sus reparos morales, detener el brío de sus militares y evitar en varias ocasiones una guerra general entre ambos países cuyas consecuencias hubieran sido incalculables. Debe reconocerse también que en muchas ocasiones rehuyó presionar para la protección de los intereses económicos de los norteamericanos en México.

Wilson, incuestionablemente una gran figura, rodeada de una aureola patética, estuvo a punto de convertirse en el estadista del siglo. Lleno de nobles ideales y de buena fe, queriendo universalizar en bien de la humanidad las normas democráticas y dar al mundo sosiego y orden, por una u otra razón se quedó lejos de sus metas. Tal vez le sobraba calidad para exponer grandes principios fundamentales, pero le faltaba pragmatismo para el detalle y la ejecución, pues ahí resultaba incompleto y nebuloso. Parte de su gran infortunio fue la triste aventura mexicana, que aun para un estadista preparado como Wilson constituyó tremendo e insoluto acertijo.

UNO DE LOS grandes problemas que tuvo que afrontar la diplomacia revolucionaria fue la cuestión del reconocimiento de los regímenes revolucionarios. Es ésta una de las más hoscas cuestiones, pues en el proceso del reconocimiento se observa el regateo político en su mayor intensidad; y se enjuicia a un país y a sus instituciones, realizando un escrutinio sobre la forma de llegar un gobierno al poder y haciéndole sufrir una humillación. Por otro lado, muchas veces del reconocimiento depende el triunfo o el fracaso de un movimiento social armado.

Gran parte de la actividad de los diplomáticos del constitucionalismo se aplicó a obtener el reconocimiento de todas las naciones, en particular de Estados Unidos. Pero hubo un fracaso notable, y durante mucho tiempo no existieron rela-

ciones con los otros países; y en gran parte porque Wilson, que lanzó su propia doctrina del reconocimiento en ocasión a la Revolución Mexicana, constituía un obstáculo para las demás naciones. Mucho hubo de sufrir el movimiento porque la negativa a reconocerlo, sobre hacerle perder prestigio, le impedía hacerse de armas y recursos.

De paso, digamos que en esta cuestión del reconocimiento de gobiernos nuestro país ha tenido, más que ningún otro, la más amarga de las experiencias y una pésima fortuna. El gran estadista norteamericano Jefferson, desde fines del siglo XVIII, y en ocasión a la Revolución francesa, había predicado lo que después fue su doctrina del reconocimiento. Con ella eliminaba de golpe el problema que se presenta cuando surge de pronto un gobierno hijo de la violencia, pues sostuvo —fue ésta la práctica norteamericana por muchas décadas— que bastaba, para entrar en relaciones con ese gobierno, con que coincidiera con una voluntad popular expresa. Noble y generoso principio de política internacional que rompía con el legitimismo dinástico y que se vio deformado hacia fines del siglo pasado por los propios Estados Unidos, quienes, para reconocer al gobierno de Porfirio Díaz en 1877, exigieron que, además de ser estable, el nuevo régimen debía tener voluntad y capacidad para cumplir sus obligaciones internacionales (léase pagar cualquier reclamación que se le hiciera, aunque fuera injusta).

Así torcido el principio de Jefferson, no parecía haber ya tope para las pretensiones norteamericanas; pero Wilson dio un paso más allá y expuso su propia doctrina, que no es sino una variante de la del ecuatoriano Tobar, y que consiste en no reconocer a un gobierno que no sea emanación legítima y constitucional, y en no tener relaciones de ninguna clase con el régimen de origen revolucionario. Ahí se percibe, desde luego, el mesianismo de Wilson, pues ello monta a una intervención injusta e indebida, con el pretexto de extender la democracia tal como se practicaba en Estados Unidos.

Wilson consideraba un vejamen personal tratar con la facción de Carranza y otorgarle el reconocimiento. Por eso, y a pesar de que representaba la legalidad, la vuelta a la Consti-

tución, difirió sus tratos por todos los años 1913, 1914 y parte de 1915. Cuando la situación mundial exigía que Estados Unidos tuviera relaciones con México, a regañadientes, y venciendo su repugnancia, Wilson decidió dar algunos pasos hacia ese fin y comisionó a Lansing, su secretario de Estado, para encontrar alguna fórmula que no lastimara la herida dignidad del profesor de Princeton. En momentos en que Alemania realizaba una intensa y hábil diplomacia en esta República y que se hacía imperativo para Estados Unidos aparecer como la única nación digna que quedaba sobre la tierra, Lansing invitó, con el acuerdo de Wilson, a los representantes diplomáticos en Washington de Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Uruguay y Guatemala, para discutir la posibilidad de reconocer alguna de las facciones entonces en lucha en México. El 19 de octubre de 1915 el gobierno norteamericano manifestó que "reconocía al gobierno *de facto* del cual el general Carranza es el Jefe Ejecutivo...". Este reconocimiento fue concedido también casi simultáneamente por los otros países latinoamericanos mencionados, que hicieron así el juego al presidente norteamericano.

A fines de 1915, Wilson nombró como embajador en nuestro país a Henry O. Fletcher —que iniciaría su gestión muchos meses después— y aceptó, con el carácter de agente del régimen carrancista, a Eliseo Arredondo. A pesar de este reconocimiento, ordenó un embargo de armas, del que se salvó sólo el envío de algunos pertrechos adquiridos con anterioridad por Carranza. Hasta febrero de 1917 no se reanudaron las relaciones diplomáticas oficiales entre los dos países, suspendidas desde 1913, enviándose por fin a Fletcher a México y aceptándose al mismo tiempo a Bonillas como embajador nuestro en Washington. Este reconocimiento *de facto*, empero, se transformó tiempo más tarde en un reconocimiento *de jure*. Ello fue así porque la Casa Blanca se vio en la necesidad de contrarrestar la insistente política exterior alemana en México. Aun ese reconocimiento *de jure* tenía indudablemente un sabor de provisionalidad: algunos meses después de otorgarlo, el gobierno de Estados Unidos contemplaba la posibilidad de retirarlo, y hasta la de una ruptura de las

relaciones diplomáticas, cuando el peligro alemán se había alejado.

La caída y muerte de Carranza en 1920 favoreció a los partidarios de presionar a México con el rompimiento y, llegado el caso, con la intervención armada. Cualquiera hubiera creído entonces que al desaparecer el antiguo Primer Jefe, el obstáculo personal con que había tropezado Wilson variaría la política norteamericana del reconocimiento. El profesor de teoría política, decepcionado de su fracaso europeo y seguramente cansado ya del insoluble embrollo mexicano, prefirió abstenerse de actuar con respecto al gobierno de Obregón y eligió pasar el problema a su sucesor, el presidente Harding. Así le legó una grave situación que condujo a México a problemas sin término, pues Obregón, a fin de obtener el reconocimiento de su gobierno, hubo de admitir en 1923 los humillantes Pactos de Bucareli.

No es de extrañar, pues, que el reconocimiento, ese aspecto de las relaciones diplomáticas, constituya siempre en México una fuente de resentimiento y de amargo recuerdo, y se encuentre asociado con nociones de intervención y de despojo. La Doctrina Estrada no viene a ser sino una protesta contra la práctica humillante de sujetar el reconocimiento de un gobierno revolucionario a las condiciones unilaterales más ventajosas para el estado que lo otorga.

DIFÍCIL SERÍA exagerar si se afirma que uno de los problemas diplomáticos más serios a los que tuvo que enfrentarse la Revolución fue la amenaza inminente de guerra entre México y Estados Unidos, latente a lo largo de esa década. Esta cuestión de la probable guerra no ha sido todavía suficientemente estudiada; pero sobre ella habremos de tener muy pronto revelaciones importantes de los historiadores de ese período, pues parece que es ya posible el acceso a los archivos militares norteamericanos de esa época.

El peligro de una guerra existió siempre en esos diez años, sobre todo de 1911 a 1916. En los escritorios de los estrategas yanquis hubo continuamente, por ese tiempo, planes y estudios para la dominación militar de México. Ya no es un mis-

terio hoy día que en multitud de ocasiones estuvimos próximos a una contienda armada con Estados Unidos. Debe acreditarse a Wilson —pero también a la providencia especial que vela sobre los países pequeños— que esa guerra no se produjera. El presidente norteamericano, con decisión personal, evitó que degeneraran muchas situaciones oportunas para la guerra, pues era de los pocos que comprendían las desastrosas consecuencias de una contienda con México.

Por ejemplo, durante la gestión presidencial de Madero, se dieron coincidencias favorables para llegar a las manos, pues el sentimiento norteamericano hacia México —excitado, además, por Henry Lane Wilson— era propicio para la intervención armada. Se movilizaron cien mil soldados yanquis hacia la frontera, en 1911 y en 1912, con el pretexto de “maniobras”. Los barcos de guerra norteamericanos patrullaban sin cesar nuestras costas, y con cualquier pretexto permanecían semanas enteras en los puertos mexicanos. Se decretaron embargos de armas para México. El general Leonard Wood recibía instrucciones de preparar el cuerpo de tropas adiestradas especialmente para la intervención en los países hispanoamericanos. Sólo un milagro impidió esa vez la contienda. La clase de guerra que tenían planeada los militares norteamericanos iba a durar sólo meses, tal vez semanas, siguiendo las rutas tradicionales de invasión.

Volvió a estar próxima la guerra en abril de 1914, en ocasión al llamado “incidente de Tampico”, lugar dominado entonces por las tropas de Huerta. Varios navíos de guerra norteamericanos vigilaban las aguas del Golfo. Una lancha de uno de ellos, del *Dolphin*, desembarcó unos cuantos marinos en un muelle de acceso prohibido, con el pretexto de buscar provisiones. El oficial mexicano encargado de la vigilancia los detuvo y los hizo marchar entre filas hasta su cuartel. El comandante de la guarnición ordenó que fueran liberados de inmediato, presentándoles disculpas. El asunto no había tomado más de una hora, y en realidad no tenía mayor importancia. Pero el almirante Mayo, jefe de la flota yanqui en el Golfo y partidario de la intervención armada, requería por parte de las autoridades mexicanas un solemne

saludo a la bandera de las barras y las estrellas, de veintiún cañonazos, y después de su *ultimatum* informó a la Casa Blanca de lo que ocurría. De pronto Wilson tuvo ante sí una crisis.

Toda la amargura de nuestra historia volvía a aparecer con ese singular requerimiento de Mayo. Nadie, ningún mexicano, ni siquiera Huerta mismo, podía aceptar tal humillación. Equivalía al suicidio. Por ello nuestros diplomáticos hicieron lo indecible para disuadir al gobierno de Estados Unidos, ofreciendo saludos simultáneos a ambas banderas, y otras fórmulas para salir de la complicación. Pero los planes de bloqueo y ocupación de puertos nuestros estaban trazados con años de anticipación, y el elemento militar estaba deseoso de actuar. Todavía Wilson estaba indeciso, pues el *casus belli* era ridículo, "eran puntillos de honra de sabor medieval", y tal vez se hubiera abstenido, en la mejor de las circunstancias. Entonces entra en escena el *Ypiranga*, un barco alemán conocido ya de la historia mexicana. El *Ypiranga* había llevado a Díaz al destierro, más tarde condujo a Huerta. Esta vez traía un importante cargamento de fusiles y cartuchos, destinados al ejército federal, y estaba próximo a llegar a Veracruz. La aprensión de los militares yanquis hacía imperativo impedir que los mexicanos se armaran, y ello decidió a Wilson a ordenar la ocupación del puerto, buscando impedir a la vez la descarga del *Ypiranga*.

La operación en sí no era importante, y se contaba con la participación del comandante huertista, que abandonó Veracruz con sus fuerzas. Un acontecimiento imprevisto, la resistencia de un puñado de particulares y de cadetes de la Escuela Naval, que se hicieron matar en barricadas, echó a perder los bien trazados planes; y la enérgica protesta de Alemania, que invocó puntos de derecho marítimo que impidieron la detención del barco, convirtió el incidente en descomunal fracaso. Por otra parte, una vez fuera de la vigilancia de la marina norteamericana, el ubicuo *Ypiranga* descargó quietamente en Puerto México al día siguiente. Veracruz fue ocupada, y los ánimos estaban exaltados para que estallara un conflicto bélico. Si el puerto se ocupó, para obtener un saludo a la ban-

dera, o para impedir la llegada de armas, en ningún caso se justificaba la operación. Wilson quiso darle un tinte diferente de lo militar, pues expresó que habían venido a Veracruz "para servicio de la humanidad".

Después de todo, Wilson era un hombre de suerte, y el peligro de guerra, ya muy próximo, pudo alejarse por la oportuna y deseada mediación de Argentina, Brasil y Chile. Así logró desviar el candente problema de la intervención militar hacia otras cuestiones, tal como los problemas políticos internos de esta República. La crisis bélica se fue desmenuzando, y unas semanas más tarde la lucha interna mexicana absorbía todo el interés.

Otra de las ocasiones en que los acontecimientos conducían a la guerra fue la toma y saqueo de Columbus, Nuevo México, por Francisco Villa, el 9 de marzo de 1916. No puede encontrarse ninguna justificación para tan bárbaro atentado. Se han hecho intentos para explicarlo por razón de un resentimiento personal de Villa, o por interés del guerrillero de provocar una intervención armada en México para mejorar su posición política. Pero las desconfiadas y nerviosas mentes de los agentes de inteligencia militar de Estados Unidos dedujeron que el atrevido golpe de Villa podría sólo interpretarse como un signo de la ayuda o, por lo menos, de la complacencia de Alemania y del Japón; y el ejército norteamericano decidió actuar rápida y efectivamente a pesar de los riesgos internacionales consecuentes.

Hubo durante varios años —desde 1882— un tratado por el cual se permitía el cruce mutuo de la línea divisoria para perseguir bandas depedradoras de indios y bandidos. Este pacto se renovó hasta 1895, cuando dejó de ser necesario. El gobierno de la Casa Blanca, sin embargo, lo invocó para penetrar en México, y recurrió a los procedimientos más fantásticos para dar alguna apariencia de legalidad al cruce de la frontera, no obstante las severas objeciones de Carranza. El 15 de marzo el general Pershing empezó a cruzar la frontera con la vanguardia de doce mil hombres, y se puso a perseguir a Villa. Mientras tanto, el estado mayor hacía apresuradamente planes para la invasión total de México.

A mediados de abril la situación parecía peligrosa, pues el sentimiento de hostilidad hacia la Expedición Punitiva era tan grande que cualquier incidente podría conducir a una crisis. Ciertamente, ni Carranza ni Wilson deseaban una guerra, pero los acontecimientos iban llevándolos a ella, al parecer irremediablemente. El 12 de abril de 1916 ocurrió un incidente que despertó nuevos peligros. Un destacamento norteamericano salía de Parral, después de adquirir vituallas, cuando algunos de los vecinos abrieron el fuego sobre él. Los invasores contestaron, y en la acción murieron cuarenta compatriotas. Se predicó la guerra en varias ciudades. Por fortuna, el incidente de Parral provocó un acercamiento entre los jefes militares de ambos países. De esa manera, el 30 de abril Obregón se reunió con los generales Scott y Funston en Ciudad Juárez. Aun cuando Obregón aceptó un compromiso para que la Expedición Punitiva saliera gradualmente de México a cambio de la promesa de una campaña efectiva de las fuerzas carrancistas contra Villa, ello no mereció la aprobación de Carranza, y con ello persistió el ominoso *impasse*.

Otro golpe atrevido de Villa sobre Glen Springs, Texas, días más tarde, encendió al congreso norteamericano, en el cual se exigió una completa intervención de México o, por lo menos, de la porción norte del país. La reacción del Primer Jefe fue violenta, pues consideró semejante exigencia como una amenaza directa, y envió a Wilson una agresiva nota demandando la retirada inmediata de la Punitiva.

Junio de 1916 también fue un mes lleno de amagos, repleto de notas diplomáticas violentas, que apuntaban a una contienda, y ocurrieron en esas fechas un buen número de incidentes, cualquiera de ellos bueno para iniciar la guerra. El primero de ellos fue la rotunda orden de Carranza para oponerse a todo avance de las tropas de Pershing en cualquier dirección, excepto en la línea de evacuación al Norte. El segundo fue el grave suceso de Carrizal, en el cual las tropas expedicionarias de Estados Unidos fueron batidas por el general Félix U. Gómez, capturándose veintitrés soldados yanquis. El tercero fue el descubrimiento del llamado "Plan

de San Diego", auspiciado por el cónsul alemán en Monterrey, Burchard, y por el cual se intentaba invadir subrepticamente el bajo Río Bravo. Cualquiera de estos incidentes significaba guerra, pero, por fortuna, Wilson no perdía en ningún momento el control del elemento militar y pudo evitarla.

La cuestión se extinguió paulatinamente, gracias a las famosas Conferencias de New London, en las que pudo lograrse un principio de acuerdo para evacuar a México. La evacuación se realizó en orden, para concluir en febrero de 1917.

La empresa que motivó la presencia de esas tropas en México nunca pudo realizarse. Jamás pudieron combatir a Villa, mucho menos capturarlo, como se proponían. Se dañaron las relaciones entre los dos países, y por un largo tiempo. Se creó una atmósfera de desconfianza hacia Estados Unidos en toda la América Latina, que ha sido fuente incesante de malos entendidos, desde entonces. Para Estados Unidos, sin embargo, la expedición significó alguna utilidad. Se adiestraron oficiales y soldados que habrían de combatir más tarde en Europa; se probaron algunos métodos nuevos de comunicación; se reafirmó el principio de la intervención armada cuando se lastima el "honor nacional".

Hubo otra ocasión para encender la mente bélica de las gentes y preparar las cosas para la lucha armada. Ello fue en ocasión de las intrigas alemanas en México para que nuestro país atacara de alguna manera a Estados Unidos, a modo de mantener a éstos con las manos ocupadas e impedir que combatieran en Europa. La conspiración preveía que el Japón fuera también arrastrado a la contienda. Todo ello estaba planeado por los estrategas germanos y se puso de manifiesto con la famosa nota de Zimmermann. El telegrama de este ministro alemán, dirigido a su embajador en Estados Unidos para retransmisión a la legación de Alemania en México, contenía esencialmente una propuesta de alianza con México, como resultado de la cual nuestro país cerraría sus puertos y rehusaría ayuda a los aliados, interviniendo a la vez en favor de una paz entre Alemania y Japón y atrayendo a éste a la alianza. Implícitamente se expresaba que la República Me-

xicana atacaría a Estados Unidos. Como recompensa por tan original y subrepticia alianza, nuestro país, después de la victoria de Alemania y sus aliados, recibiría los territorios que había perdido en 1848.

El estado mayor norteamericano pensaba por esas fechas, no sin razón, que como aventura bélica era más productiva y de menor costo la de México que la europea, pero Wilson decidió, no sin titubeos, llevar mejor la guerra al Continente.

Aunque difícil de creer, hubo todavía en 1919 otra amenaza de guerra, en ocasión al supuesto secuestro en Puebla de William O. Jenkins, entonces vicecónsul de Estados Unidos y ahora adinerado propietario de cadenas de cines, de bancos, de ingenios azucareros y de inmuebles. Aparentemente, Jenkins había sido capturado por una banda de revolucionarios y alegaba que se le había forzado a pagar rescate. Pero el gobierno de Carranza lo arrestó sobre la base de que el secuestro era simulado, y que Jenkins y sus captores actuaban en connivencia. Los periódicos de esos días hablaron otra vez de guerra. Aquel viejo enemigo de México, Albert Fall, presentó una moción en el Senado de Estados Unidos exigiendo la ruptura de relaciones con nuestro país como paso previo a la guerra. En el diario de Lansing puede leerse su opinión de que una guerra con México sería favorable a Wilson y a los demócratas, y unificaría a los entonces divididos norteamericanos apagando la agitación socialista de esa época. El único factor que impidió la acción fue la hosca rivalidad entre republicanos y demócratas.

Cuando uno se detiene a pensar en las muchas ocasiones en que durante todos esos años hubo un peligro real de guerra, debe concluir tristemente que el espíritu que presidía las relaciones entre México y Estados Unidos no podía ser peor: destructivo y disociante, y falto de todo lazo de unión. Pero también debe concederse honestamente que uno y otro país están en deuda con Wilson, por su esfuerzo para mantener la paz a cualquier precio.

LA DIPLOMACIA opera en el ancho campo que yace entre el juego de la fuerza impuesta y la guerra, por un lado, y la se-

guridad del derecho, por la otra. Cuando, como sucedió por esos tiempos, el derecho era tan frágil y la guerra tan peligrosamente cercana, la diplomacia cumple su objeto con mantener un cierto y razonable equilibrio; y, en ese sentido, aunque con tropiezos y no exenta de errores, la diplomacia de la Revolución logró ese propósito. De alguna manera obtuvo una semblanza de orden y de respeto en las relaciones internacionales.

Resalta, desde luego, el capítulo de la dignidad. Ningún diplomático mexicano, cualquiera que fuese su bando, cedió un instante en el principio de la dignidad. Esta norma prevalece a lo largo de esos terribles diez años, y ha sido el tema vertebral de toda la diplomacia de nuestra República desde entonces. Los errores y las improvisaciones de la diplomacia revolucionaria quedan superados y aun dispensados frente a ese valioso legado: la dignidad en las relaciones exteriores.

Una cosa quedó manifiesta: que una nación joven que busca su propio destino, lo puede lograr sobre no importa qué sacrificio y a pesar de los designios y presiones diplomáticas de los otros países. Ello se probó en abundancia por la trágica ordalía de fuego y sangre, a lo largo de una década que, aunque dejó exánime a la República en lo material, le dio un espíritu y una mística, buena para preparar días mejores.

Muchas veces me he hecho la pregunta de cómo es posible que una nación tan pequeña como la nuestra, tan débil, tan incipientemente organizada, pudiera, a lo largo de esos diez años, hacer frente a los embates de la diplomacia de los países más fuertes sobre la tierra; y emergiera de ese laborioso trance con gran dignidad, y sin sacrificio de los valores nacionales inmanentes, aun sin contar con personas experimentadas en las relaciones externas. La única respuesta que he podido encontrar es que la Revolución poseía en sí misma un grandioso principio dinámico, un plasma lleno de vigor, renovado a cada momento. Recuerdo, en conexión a esto, que Goethe, al asistir a la batalla de Valmy, pudo testificar que los ciudadanos armados de la Revolución francesa, al entrar al combate del que salieron triunfantes contra las tropas

prusianas, cargaban a los acordes de la Marsellesa; y señaló con grande admiración que un pueblo así, animado de ese magnífico espíritu, sería siempre invencible contra todo enemigo, y que de esa manera una nueva etapa se daba en la historia. Esa misma sustancia infundió también nuestra Revolución, que cambió para siempre las condiciones de la historia mexicana y preparó un México mejor.

<sup>1</sup> CUMBERLAND, Charles C.: *Mexican Revolution, Genesis under Madero*. Austin, University of Texas, 1952, 132 pp.